

El saltador del muro

PETER SCHNEIDER

Prólogo de Ian McEwan

Traducción de Juan José del Solar

Título original: *Der Mauerspringer*

Copyright © 1982, Peter Schneider,
1995, Rowohlt Taschenbuch Verlag GmbH, Reinbek bei Hamburg

© de la traducción: Juan José del Solar, 1985,

revisada por Gatopardo ediciones

© de la traducción del prólogo de Ian McEwan:

María Antonia de Miquel, 2020

© de esta edición: Gatopardo ediciones, S.L.U, 2020

Rambla de Catalunya, 131, 1^ª-1^ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: marzo de 2020

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: «Haciendo malabares encima
del muro de Berlín, 16 de noviembre de 1989».

© Yann Forget / Wikimedia Commons / CC-BY-SA

Imagen de interior: Cortesía de la Fundación Heinrich Böll

Imagen de la solapa: © Fotografía de Brigitte Friedrich /

Süddeutsche Zeitung Photo / Alamy Stock Photo

ISBN: 978-84-17109-76-9

Depósito legal: B-4885-2020

Impresión: Reinbook serveis gràfics S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley,
la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea
electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de
cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



El escritor Peter Schneider en un acto de la Fundación Heinrich Böll, el 20 de septiembre de 2011, en Berlín.

CAPÍTULO 1

En general, en Berlín la meteorología está dominada por vientos de poniente. Por ese motivo, un viajero que llegue en avión tendrá tiempo más que suficiente para observar la ciudad desde lo alto. Para poder aterrizar contra el viento, el avión que venga de Occidente deberá sobrevolar tres veces la ciudad y el muro que la divide: volando en dirección Este llegará primero al espacio aéreo de Berlín occidental, luego describirá una amplia curva hacia la izquierda; atravesando la parte oriental de la ciudad y, por tercera vez, viniendo ahora del Este, volará sobre el muro divisorio para dirigirse a la pista de aterrizaje del aeropuerto de Tegel. Vista desde el aire, la ciudad ofrece un aspecto perfectamente homogéneo. Nada hace sospechar a quien no la conozca que se está acercando a un punto donde dos continentes políticos chocan entre sí.

Predomina la impresión de un orden lineal basado en el rectángulo, del cual se ha desterrado toda curvatura. En el centro urbano llama la atención el carácter fortificado de las casas de alquiler, que, en su mayoría, encuadran un patio interior donde se alza un castaño solitario. Cuando la copa de uno de estos castaños empieza a mecerse suavemente, el vecino podrá deducir que, fuera, una tormenta

con vientos de fuerza seis a ocho está barriendo las calles. En el lenguaje de los berlineses, estas viviendas se denominan cuarteles de alquiler, expresión que describe con acierto la fuente de inspiración de sus arquitectos. En efecto, las chimeneas traen a la memoria esos trozos de vidrio que, fijados con cemento sobre las paredes de los patios interiores, sirven de protección contra los gatos y niños de los vecinos.

Las casas nuevas de la periferia urbana no parecen construidas de abajo arriba. Dan la impresión de ser bloques de cemento arrojados por algún helicóptero militar norteamericano o soviético. Quien no conozca el lugar tampoco distinguirá las dos partes de la ciudad cuando el avión vaya perdiendo altura. Si bien la campiña del Estado oriental aún era reconocible hasta hace poco por la coloración homogénea de los sembrados y la carencia de fronteras artificiales entre los campos de cultivo, la imagen de la ciudad apenas ofrece puntos de referencia para adjudicarle una adscripción política. En cualquier caso, la duplicación de ciertas construcciones públicas como la torre de televisión, el palacio de congresos, el zoológico, el ayuntamiento o el estadio, indica al viajero que se está acercando a una ciudad donde un idéntico gusto ha producido dos veces lo mismo.

Entre todos estos rectángulos, el muro parece, en su fantástico zigzagueo, el engendro de una fantasía anárquica. Iluminado en las tardes por el sol poniente y, pródigamente, de noche, por los reflectores, parece más una obra de arte de arquitectura urbanística que una frontera.

Si hace buen tiempo, el viajero podrá observar la sombra del avión deslizarse silenciosa de una zona a otra de la ciudad. Podrá seguir el movimiento de aproximación del avión gracias al de su sombra hasta el momento en que se pose encima de ella. Solo cuando haya descendido de él, advertirá el viajero que la sombra reencontrada supone, en esta ciudad, una pérdida. Constatará *a posteriori* que solo la

sombra del avión podía moverse libremente entre las dos zonas de la ciudad, y el avión le parecerá de pronto uno de aquellos medios de transporte soñados por Einstein, del cual baja un grupo de viajeros jovencísimos y desprevenidos, y contemplan una ciudad en la que desde el día anterior han transcurrido mil años.

Vivo desde hace veinte años en la ciudad siamesa. Vine aquí como la mayoría de quienes anhelan salir de las ciudades provincianas germanooccidentales: porque quería instalarme en una ciudad más grande, porque aquí vivía una amiga, porque resistir en este puesto avanzado equivale a una especie de servicio militar sustitutivo que ahorra pasar unos años en los cuarteles de la Alemania occidental. Como la mayoría, al principio me fui quedando solo de año en año, aunque también es cierto que, tras una breve estancia en Berlín, cualquier ciudad germanooccidental se me antojaba una falsificación.

De hecho, de Berlín me gusta lo que distingue a esta ciudad de Hamburgo, Frankfurt o Múnich: esos restos ruinosos entre los que han echado raíces abedules y arbustos de la altura de un hombre; los impactos de bala en las fachadas llenas de ampollas, de un tono gris arenoso; los ya amarillentos anuncios publicitarios que, en los muros cor tafuegos, nos hablan de marcas de cigarrillos o tipos de aguardiente desde hace tiempo inexistentes. A veces, por la tarde, de la única ventana de uno de estos muros emerge el rostro de un hombre con los dos codos apoyados en un cojín: un rostro enmarcado por unos veinte mil ladrillos..., un retrato berlinés. Los semáforos son más pequeños, las habitaciones más altas y los ascensores más viejos que en Alemania occidental; constantemente aparecen en el asfalto grietas a través de las que se multiplica el pasado. Berlín me gusta sobre todo en agosto, cuando las persianas metálicas están cerradas y en los escaparates cuelgan letreros

que anuncian un retorno apenas creíble; cuando los 90.000 perros hacen vacaciones y tras los limpiaparabrisas de los pocos coches que no se han ido se acumulan las octavillas publicitarias de algún espectáculo en vivo; cuando tras las puertas abiertas las sillas permanecen vacías y los dos clientes que se sientan dispersos ya ni levantan la cabeza si un tercero entra en el bar.

Solo ocasionalmente, cuando los lugareños me invitan a dar un paseo dominical por el lago de Grunewald, mi desgana me indica que asocio a esos recorridos la idea de una ronda por el patio de una prisión. Y a veces, cuando algún visitante de Alemania occidental me lo recuerda, vuelve a mi mente una constatación olvidada: la de que los berlineses conducen como asesinos. Es como si, en el centro de la ciudad, tuvieran que dar rienda suelta a esas ansias de movimiento que los conductores germanooccidentales desfogan en sus carreteras comarcales y autopistas. A la misma pulsión parecen deberle los dueños de bares el que sus negocios sean los únicos que muestran una tendencia a prosperar permanente y, en apariencia, ilimitada. A ratos, cuando la veo, me irrita la pared de escalada que se alza en el único cerro existente, erigido a partir de las ruinas de la ciudad: un bloque de cemento de cuatro metros de alto, donado por la Asociación Alemana de Alpinismo, en el que pueden practicarse todos los grados de dificultad de la escalada. Cuando vi a un grupo perfectamente equipado con cuerdas, botas de montaña, anoraks y gafas de altura iniciar su audaz ascensión, cuando vi al que estaba arriba hacerse visera con una mano para describirle el paisaje al que tenía asegurado debajo, tuve la fugaz sensación de haberme acostumbrado a demasiadas cosas. Pero cuando más tarde, estando de vacaciones en la Selva Negra, un alemán del Sur me preguntó si vivía en Berlín oriental u occidental, el precio que pagar por tanto paisaje me pareció realmente exce-

sivo. Constaté la misma ignorancia en Dresde y en Leipzig: cuanto más lejos de la frontera se encuentra, más libremente se imagina cada mitad de este pueblo demediado que constituye un todo único. A la pregunta de si no resulta extraño vivir en una ciudad cercada con cemento y alambre de espino, respondo hace ya tiempo como la mayoría de los berlineses: que no hay diferencia entre vivir allí o en cualquier otra ciudad. En efecto, ya apenas veo el muro, aunque este podría ser, después de la muralla china, el único monumento terrestre distinguible a simple vista desde la Luna.

Noche de invierno en el aeropuerto de Schönefeld; está nevando. Máquinas que se deslizan por el campo de aviación esparciendo círculos de luz amarilla sobre la superficie blanca y amontonando nieve. Una máquina excava y apila, otra carga y transporta, una tercera sopla y expulsa chorros de nieve a gran altura al ir abriendo camino. El campo da la impresión de ser un lago helado, situado en un paisaje futurista. Solo han sobrevivido en él unas cuantas máquinas que preparan la llegada de seres extraterrestres.

Un viento glacial azota al recién llegado en el pasillo de acceso y se aloja en el autobús bajo las faldas y las perneras. El conductor deja abiertas las puertas un tiempo infinito en espera de algún pasajero que se haya perdido entre las indicaciones de los altavoces. Los que esperan vienen de otro continente y de otra estación. Las compras libres de impuestos cuelgan dolorosamente de sus ateridos dedos, los sombreros de paja y los pañuelos solo ofrecen protección contra el sol. En el autobús se insulta en español y ruso y se calla en alemán; ningún insulto contra el conductor saldrá de labios alemanes. Solo al cerrarse las puertas se oye una expresión de alivio con acento sajón o berlinés. Pero la unidad del autobús, favorecida por un idioma común, dura solo el breve trayecto que media entre el avión

y el vestíbulo de llegada. Antes de que los alemanes se vayan colocando frente a las dos puertas que señalan la entrada a dos estados diferentes, se crea un espacio intermedio. Los que segundos antes iban y venían allí confusamente son separados de pronto por una fuerza magnética reconocible solo en las letras que presiden ambas puertas, para agruparse como virutas de hierro en torno a dos polos opuestos. El cuero se separa del escay, los Levi's de los tejanos de imitación, la fibra natural de la sintética, lo variopinto de lo gris. Pero no solo en la indumentaria, sino también en los rostros y las formas de moverse se advierten los rasgos distintivos de ambos pueblos. Los que se agrupan en torno a las letras RFA se mueven con cautela y parecen preparados ante la eventualidad de que los sorprendan cometiendo alguna falta. En sus diálogos, más bien susurrados, el alto alemán ha derrotado a los dialectos, las miradas parecen dirigidas hacia dentro y las arrugas en torno a los ojos revelan el cansancio propio de personas cuyos deseos se han cumplido prematuramente. El grupo deseoso de entrar por la otra puerta ofrece una impresión más juvenil y de mayor rudeza en sus gestos, de no preocuparse por los oyentes extraños. Retumban los dialectos, sajón, mecklemburgués y berlinés, el lenguaje pide gesticulación y arrastra a su paso manos y hombros.

Al detenerse por fin ante las dos puertas, ambos grupos quedan definitivamente separados: los rostros occidentales miran fijamente a los rostros orientales, como hombres que observaran antropoides.

En cuanto se forman las filas, las miradas se dirigen todas hacia delante y los dedos se aferran al pasaporte, última seña de identidad. Un silencio de ascensor se cierne sobre los que esperan, y aunque no falta el aire, cada cual se limita a respirar lenta y parsimoniosamente. Es como si todos hubieran llegado ante un portero que, aparte de la na-

cionalidad, no reconociese ningún mérito. Nada se oye, salvo el zumbido de la puerta al abrirse automáticamente y, poco después, el chasquido que produce al cerrarse de golpe.

Cuando la puerta se cierra detrás de mí, me encuentro entre una marejada de pasajeros ya despachados, cuyos caminos van a separarse ahora definitivamente: unos se dirigen a la derecha hacia el autobús de tránsito; otros, hacia la izquierda, al parking y la parada de taxis. El vestíbulo está iluminado solo a medias, las pantallas de control ya no dan información, la oficina de correos está cerrada y el teléfono automático marca Siemens no acepta mis monedas. Todos aquellos a quienes dirijo la palabra parecen sentirse observados y nada quieren saber de mi dinero. Me paso un buen rato recorriendo los pasillos del aeropuerto con la esperanza de encontrar una oficina de cambio abierta, pero pronto ya no percibo sino el eco de mis propios pasos. A la luz de un encendedor se dibuja el perfil de un hombre, con la cara pegada al cristal de un escaparate.

—¿Tú saber dónde Schönhauser Allee?

El acento del hombre no pertenece a ninguna lengua que yo pueda identificar, excepto con algún punto cardinal.

—¿Tú no berlinés?

—Yo Berlín occidental, otro lado.

La costumbre del nativo de contestar al extranjero utilizando infinitivos no facilita la comprensión entre nosotros. El polaco-búlgaro-ruso quisiera compartir conmigo un taxi para ir a la Schönhauser Allee.

—Yo casa Berlín occidental, no taxi.

Cojo la mano que sostiene el encendedor y la guío sobre el plano de la ciudad, pegado tras el cristal del escaparate, en dirección Oeste.

—Yo aquí, tú allí.

Con gran asombro por mi parte, mi dedo señala el vacío total. Allí donde pretendo vivir no hay una sola calle

indicada, ninguna plaza, ninguna estación de metro. Allí solo se extienden superficies amarillentas y sin construir, animadas por un par de oasis verdes.

—¿Tú vivir allí? —pregunta el polaco-ruso-búlgaro, y rompe a reír—. ¡Ni calles, ni casas; todo amarillo! ¡Desierto!

—Esto Berlín occidental. Berlín: capitalista, Marlboro, Coca-Cola, Mercedes..., ¿entendido?

—¡Ah! ¿Tú capitalista?

—No capitalista, yo solo vivo allí.

—¿Por qué no capitalista?

Me ofrece cigarrillos de una marca nunca vista y coge uno de los míos. En el reloj público veo que el minuterero salta sobre la hora de partida indicada.

—Yo aquí, tú allí —exclamo, y echo a correr hacia la salida.

Pero el polaco-ruso-búlgaro me sigue, pisándome los talones. Ambos vemos las luces de posición del autobús desaparecer en la oscuridad.

—Bus partir, taxi partir, autostop.

Yo asiento con la cabeza y señalo en las dos direcciones respectivas. Pero el hombre del Este no quiere irse sin mí a las zonas edificadas ni dejarme solo en el desierto.

Tras dar unos cuantos pasos en la calle, se detiene.

—¿Adónde ir tú?

—A Berlín.

—¡Yo también! ¡Nosotros taxi juntos!

Y así nos separamos, deteniéndonos continuamente para apoyar en el suelo nuestras maletas, moviendo la cabeza y señalando uno en la dirección del otro.

En el plano de Berlín occidental apenas se distingue el muro. Es solo una línea suave y de color rosa que divide la ciudad. En el plano de Berlín oriental, el mundo se acaba en el muro. Más allá de esa línea divisoria ribeteada de negro y

del grosor de un dedo, que en los signos convencionales se denomina frontera estatal, comienza el campo. Tal vez fuera así el aspecto de la llanura de la Marca en la época de las grandes migraciones. La única alusión a la existencia de un muro aparece en el apartado «monumentos históricos»: allí se mencionan los restos de la muralla histórica de Berlín, en las proximidades de la antigua Klosterkirche.

Cuando me trasladé a Berlín acababan de terminar el nuevo muro. Disipado el terror inicial, aquella mole se fue diluyendo cada vez más en la conciencia de los alemanes occidentales hasta quedar reducida a una metáfora. Lo que al otro lado significaba el final de la libertad de movimiento, se convirtió, a este lado, en el símbolo de un sistema social aborrecido. La mirada hacia el otro lado se redujo a una ojeada a las instalaciones fronterizas hasta convertirse finalmente en una experiencia personal de terapia de grupo: el muro llegó a ser, para los alemanes occidentales, un espejito que, día tras día, les iba diciendo quién era el más bello en todo el país. Si había algún tipo de vida más allá de la franja de la muerte, era algo que pronto ya solo interesó a las palomas y a los gatos.

Mis primeras expediciones al otro lado de la ciudad no despertaron mayor curiosidad. Iba al Berliner Ensemble, llevaba saludos a parientes de segundo o tercer grado, o bien entablaba una charla en algún bar de Prenzlauer Berg. De estas primeras visitas apenas ha quedado en mi memoria algo más que un olor que, tiempo después, desde un balcón de Berlín occidental, cuando soplaban el viento del Este, reconocía enseguida: un olor a gasolina de baja calidad, desinfectantes, raíles calientes, legumbres variadas y sala de espera de estación.

Más tarde, un amigo me llevó a casa del cantautor Wolf Biermann. En el curso de estas visitas advertí por vez pri-

mera la existencia de una elección que, tanto para mí como para la mayoría de mis coetáneos, parecía algo ya decidido por el nacimiento y lugar de residencia de los padres: aquel que entonaba sus canciones nostálgicas y acusadoras en su apartamento de la Chausseestrasse había venido espontáneamente a la «mejor Alemania» e insistía en vivir allí incluso cuando ya solo a sus guardianes y a los visitantes de Alemania occidental les estaba permitido escucharlo. Sus argumentos para quedarse se remontaban todos a una época muy anterior; él mismo parecía desmentir constantemente sus esperanzas de cara al futuro. El presente le ofrecía sobre todo motivos para hacer declaraciones terribles, y nunca conseguí descubrir qué era lo que seguía gustándole en la Alemania de su elección. En cualquier caso, fracasé en mi intento de convertir en diálogo sus monólogos hablados y cantados. Mis preguntas y objeciones las formulaba para mí solo en la escalera, pues había sido incapaz de plantearlas en su cocina; las memorizaba en espera de mi próxima visita, que transcurría en un plano igualmente monológico hasta que todas aquellas frases no enunciadas se acumulaban en la escalera y me cerraban, al final, cualquier vía de acceso a él. Cuando, tras su primera actuación en Alemania occidental, un conocido mío se admiró de la capacidad de Biermann para moverse en una sala de conciertos con cinco mil espectadores como si estuviera en una sala de estar, se me ocurrió que en su sala de estar se comportaba como si estuviera ante un público de cinco mil personas.

Solo en el curso de visitas posteriores a Berlín oriental surgió en mí un asombro escindido, en el que dos sentimientos se reforzaban mutuamente. Aquella semiciudad detrás del muro me resultó desde el primer momento totalmente conocida. No solo los cubos de basura, las cajas de las escaleras, los pomos de las puertas, los radiadores de calefacción, las pantallas de las lámparas y los papeles pin-

tados, sino también la vida mortecina y recelosa del otro lado me resultaba familiar hasta el aburrimiento. Aquello era la ciudad-sombra, la placenta, la edición de emergencia de Berlín occidental. A la tendencia a reconocer ciertas cosas se oponía la impresión de haber aterrizado demasiado bruscamente en otro planeta. La vida en él no solo era distinta en cuanto a la organización externa, sino que, incluso en los menores reflejos, obedecía a otra ley, definida con excesiva rapidez por aludir a sistemas sociales diferentes y a sus ritmos evolutivos. En Nueva York me orientaría mejor que en esa semiciudad separada de mi domicilio por cinco kilómetros en línea recta.

Esta ley distinta dentro de una vida similar no era, desde hacía tiempo, un fenómeno extrínseco para los habitantes de la semiciudad. Seguía en vigor también para aquellos que habían obtenido respuesta, años atrás, a su «solicitud de renuncia a la ciudadanía de la RDA». En las discusiones políticas, este componente distinto solo aparecía superficialmente. Se expresaba más bien en medias frases, en un gesto que dejaba algo por decir, en una carcajada no precisamente oportuna, en la manera de mirar. No solo algunos modismos, sino también ciertas arrugas del rostro podrían relacionarse en Alemania con los puntos cardinales.

Tales impresiones, cada vez rápidamente olvidadas, fueron sumándose con el paso de los años hasta convertirse en una forma de irritación. Tal vez fuera ya suficientemente asombroso que, en un lapso de treinta años, se hubiesen establecido dos sistemas sociales opuestos en un pueblo supuestamente llamado, en su momento, a regenerar al mundo. Más asombroso era constatar en qué medida esta antinomia externa se había infiltrado en el comportamiento y los reflejos de cada individuo.

Mientras esta sensación de incomodidad se limitó a los alemanes del otro lado del muro, apenas pasó de ser una

impresión de visitante. Pero la sospecha de que los individuos, en Alemania, son intercambiables hasta un punto inquietante, no logra disiparse en la frontera. Tomar conciencia de la maleabilidad del individuo en este país no supone reconocer la existencia del muro y, tarde o temprano, lleva a buscar la primera persona: ¿qué hubiera sido de mí? ¿Cómo pensaría? ¿Qué aspecto tendría yo si...?

La casa de alquiler, en cuya planta baja vivo, fue construida a principios de siglo. Por entonces, la parte anterior del inmueble, que daba a la calle, así como sus alas laterales, servían de vivienda a personas que se denominaban influyentes. La parte de atrás, llamada casa del fondo o del jardín, estaba destinada al personal de servicio, al que un panel de timbres fabricado por la empresa Hammacher & Pätzold K. G. indicaba si sus servicios se requerían en el comedor, la sala de estar o el dormitorio. Tras la segunda gran guerra, la democracia se instaló en las casas de alquiler bajo la forma de una pared divisoria: las puertas que comunicaban las viviendas delanteras con las traseras fueron tapiadas. A partir de entonces, en vez del linaje y la posición social, los ingresos pasaron a decidir quién podía utilizar la entrada delantera y quién la de atrás.

El revoque de la casa tiene ese tono gris arenoso que constituye el color fundamental de Berlín, y no ha sido renovado desde hace decenios. Nadie puede decir si los impactos de bala en la parte posterior del inmueble proceden de la Segunda Guerra Mundial o de las batallas callejeras de los años veinte. Las ventanas de mi apartamento, en el ala trasera, dan a un jardincillo rectangular, separado del jardín de la casa vecina por una pared de dos metros. En una convexidad parecida a una chimenea se alza, entre muros cortafuegos sin ventanas, un arce que solo echa hojas a la altura del cuarto piso, donde le da el sol unas cuantas horas al

día. Bordeando la pared trasera, y separados por piedras, se ven arriates en los que a veces, curiosamente, crecen flores y arbustos extraños, cuyos nombres nadie conoce. Por regla general, sin embargo, la cal que brota incesantemente solo deja crecer malas hierbas y zumaques arbustivos cuyas tenues hojas nunca amarillean y no caen hasta poco antes de las primeras nieves. Estos arbustos echan raíces por todas partes y parecen indestructibles; por su organización rudimentaria, y posiblemente también por su edad geológica, equivalen, dentro del reino vegetal, a las cucarachas.

Las paredes del primer y segundo patio interior se hallan tan próximas entre sí que los inquilinos de los pisos bajos tienen que sacar la cabeza por la ventana para saber qué aspecto tiene el cielo. Por otro lado, estas viviendas interiores ofrecen, incluso en pleno centro de la ciudad, una tranquilidad que no se encuentra en otras latitudes, ni siquiera en el campo. Esto quizá se deba a esa costumbre de los alemanes de juzgar siempre sus propios ruidos con los oídos de los vecinos..., precaución que se inculca ya a los niños de tres años.

Los dos apartamentos de los bajos en el inmueble delantero están alquilados, junto con las alas laterales, a los propietarios de sendos restaurantes. Mientras que uno de ellos destina su cocina y sus precios a un público que circula en bicicletas y velomotores, el otro atiende a clientes que esperan sensaciones más culinarias que políticas de Bolivia. Yo distingo ambos tipos de clientela solo por las huellas que dejan en mi Citroën. Los amantes de la cocina latinoamericana abollan los guardabarros al aparcar; los amigos de las patatas fritas con escalopa rompen las ventanillas laterales y me roban el equipo estéreo.

Los propietarios de los restaurantes no han renovado sus casetes desde hace un par de lustros; cada vez que cruzo el patio, oigo la misma música: a la izquierda, los hue-

cos sonidos de la flauta de caña; a la derecha, las guitarras eléctricas de los Rolling Stones. Como para llegar a la calle tengo que pasar por entre la basura de ambos restaurantes, jamás he entrado en ellos. La diferencia entre la cocina alemana y la latinoamericana queda reducida a nada al mirar los cubos de basura. Ambos cocineros los van llenando con las mismas latas de tomate, los mismos pimentones mohosos, patatas germinadas, chuletas pobladas de larvas y gusanos, salsas rojas y amarillas que chorrean sobre el patio desde bolsas de plástico azules, siempre reventadas.

Un día que descubrí un cubo de basura lleno hasta los topes de botes vacíos de Kit-Cat, alimenté la esperanza de poner fin a los negocios turbios de uno de los dos propietarios. En toda la casa no hay un solo gato con dirección fija, por lo que solo cabía concluir que las albóndigas alemanas o los buñuelos de carne bolivianos eran enriquecidos con alimento para gatos. Pero el intento de establecer alguna vinculación entre el cubo de basura y uno de los dos cocineros acabó en fracaso: ambos utilizan los mismos ingredientes, y los frascos de pepinillos o los botellines de ketchup perdidos entre los botes de Kit-Cat tampoco eran utilizables como prueba.

Los inquilinos se encuentran raras veces; yo los conozco sobre todo por sus ruidos. Algunos son tan regulares que podría poner mi reloj en hora al escucharlos. En el apartamento situado encima del mío resuenan cada mañana, como si explotara una estufa de gas, los alaridos de un cantante de moda alemán, luego se oyen pasitos y el volumen del aparato baja. Tardé bastante tiempo en poder asignarle un rostro a este ruido; no quería conocer a alguien que se hacía despertar por semejante estallido y empezaba su día saltando de la cama al radio-despertador. Un buen día descubrí un cochecito de niño en el portón de entrada y pensé que tal vez el radio-despertador sería en adelante superfluo.

De que iban a dar las diez me enteraba hasta hace poco por los sonidos de un violín que procedían de una ventana de los pisos superiores. Al principio creí que alguien compartía mi predilección por ciertos discos: la Partita en Mi mayor de Bach, «La Folía» de Corelli, los estudios de Czerny, el movimiento lento del Concierto para violín de Mendelssohn. Más tarde vi a un hombrecito muy delgado, y demasiado viejo para ser miembro de una orquesta, deslizarse por entre los cubos de basura con un estuche de violín negro en la mano. Quizá lo viera cuatro veces, y después nunca más. Un día empecé a echar de menos sus ejercicios; cuando pregunté por el hombre del estuche del violín, un coche de la funeraria se lo había llevado hacía tiempo. Desde entonces, entre el estallido del cantante matinal, el zureo de las palomas y el ruido del hacha sobre las costillas, que comienza a las siete en punto de la tarde en toda cocina alemana, echo de menos un ruido.

El único ser humano que realmente llama la atención en esta casa es un hombre de unos setenta años que vive justo tras los cubos de basura de la cocina latinoamericana. Todas las ventanas de su apartamento dan al oscuro patio interior; a juzgar por su número, el piso consta solo de cocina, habitación y lavabo. Entre todas las sombras viejas y jóvenes que transitan junto a los cubos, este hombre es, con mucho, la aparición más simpática. Siempre lo veo muy atildado: lleva un pañuelo de seda sobre la camisa limpia, tiene la tez bronceada en cualquier estación, y cuando lo saludo, se detiene y me sonrío como si a mi saludo debiera seguir algo más. Muy tieso y sin fruncir la nariz avanza por entre los cubos de basura y sube los dos peldaños de su puerta de entrada, ensuciados por las palomas, con una gran dignidad, como si en la puerta lo esperaran dos lacayos para quitarle el abrigo y prepararle enseguida un baño. Cuando un día lo vi, con su llave ya en la cerradura, volver

hacia mí la cabeza y hacerme una seña como a un cómplice de su amistad, pensé que hubiera debido seguirlo. Detrás de su puerta debía de haber algún misterio oculto, una invitación a la alegría, a vivir una vida sin miedo.

Desde mi casa hay solo dos pasos hasta la de Robert. A veces nos encontramos en un café para desayunar; otras, por la tarde, en su apartamento, para tomar un café aguado; y con bastante seguridad por la noche, en el Charlie. La máquina del millón del Charlie aún no emite ruiditos electrónicos, y cuando la bola se acerca a los disparadores, echamos todo el peso del cuerpo sobre la caja del aparato. Este reacciona tan lentamente que nunca hemos podido ahuyentar la sospecha de que funciona según el principio de la polea.

Conocí a Robert en Berlín oriental, y enseguida supe que me apetecía tenerlo como amigo. Me gustaron su mirada rápida, extrañamente obstinada, y su manera de alzar los hombros hasta las orejas cuando explica algo. Robert no habla con cualquiera, pero cuando habla con alguien, lo hace como si en la habitación solo existieran su interlocutor y él mismo. Aunque no es bajo, siempre se las arregla para mirarlo a uno de abajo arriba, y a veces se advierte un brillo radiante en sus ojos. Los corpúsculos de su iris se dispersan entonces como fuegos artificiales antes de concentrarse nuevamente en torno a la pupila, cual lluvia de chispas después de una explosión.

En la RDA no hay tragaperras. Ya unos meses después de llegar a Occidente me enseñó Robert, en el Charlie, el punto en la máquina del millón donde hay que pillar las bolas para poder lanzarlas por la pista de rodadura más ventajosa. Me hizo una demostración de cómo hay que interceptarlas y dejarlas rodar lentamente a lo largo del disparador, hasta el punto a partir del cual es posible dar en los